

Familias y pobreza. Menores deambulantes en República Dominicana

Ariza-Castillo, Marina

Marina Ariza Castillo: Socióloga dominicana, estudiante de término del Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología del Centro de Estudios Sociales - CES, de El Colegio de México. Ha sido investigadora del Instituto de Estudios de Población - IEPD República Dominicana.

Exploramos la relación entre familias y pobreza en una perspectiva diacrónica, intentando relevar cómo los aspectos variables de esta relación entrañan consecuencias diferenciales para los menores como subpoblación vulnerable. Las estrategias empleadas por dos tipos de menores deambulantes. menores en y de la calle, pueden ser analizadas como expresiones distintas de esta relación tomando como eje temporal la noción de ciclo vital. Destacamos en particular las situaciones de extraterritorialidad del núcleo familiar en las que la calle sustituye al hogar como ámbito primario de relación.

En el presente trabajo¹ nos proponemos realizar una reflexión sobre la relación entre familia y pobreza a partir del análisis de las estrategias empleadas por los menores deambulantes. La reflexión sobre estos aspectos pretende relevar sólo uno de los múltiples factores que inciden sobre la pobreza como proceso multicausal. El objetivo es llegar a comprender cómo, dentro de un mismo contexto general de precariedad económica, se generan respuestas con consecuencias distintas para los menores como subpoblación vulnerable. La hipótesis que guía la reflexión se centra en la relación entre momento del ciclo vital, familias y pobreza, postulando que es la interacción cambiante entre estos aspectos la que se encuentra en la base de las diferentes estrategias empleadas.

El artículo está dividido en dos partes. En la primera se describe la relación entre menores y pobreza a partir del análisis de la situación de los menores trabajadores

¹Agradezo a Vania Salles el estímulo para escribir este artículo; a Brígida García y Orlandina de Oliveira la atenta lectura del mismo.

en las calles y los menores en situación de mendicidad. En la segunda se intenta dar una interpretación de estos resultados.

La información que se utiliza proviene de una encuesta realizada a la subpoblación de menores en situación de pobreza en la República Dominicana (menores trabajadores, menores de la calle, y menores institucionalizados), durante los meses de septiembre a diciembre de 1989. Se entrevistaron 578 menores de ambos sexos, con edades comprendidas entre los 7 y 17 años ².

Menores y pobreza

Es abundante la literatura que documenta el incremento de la pobreza en América Latina durante la llamada «década perdida» de los 80 (Cornia et al.; PNUD, 1988, 1990 y 1992; CEPAL, 1985 y 1991). Se ha destacado entre otras cosas el carácter eminentemente urbano de este crecimiento, en términos relativos son las ciudades las que más se han empobrecido (CEPAL, 1991: 78). Las mujeres jefas de hogar, los menores de 15 años y los ancianos, han sido grupos de una constante presencia histórica en el universo de los pobres (Woolf: 3). La estructura de edades que caracteriza a la mayoría de los países de América Latina y las elevadas tasas de dependencia que suelen predominar entre las familias pobres³, colocan a los menores en una situación de especial vulnerabilidad en contextos de precariedad económica. Para 1970 se estimaba que la mitad de todos los niños menores de 6 años de la región eran pobres (CEPAL, 1985: 28).

El recurso al trabajo infantil ha sido secularmente una estrategia habitual de los sectores menos favorecidos (González de la Rocha; Woolf). Este puede ser visto como uno más de los arreglos en que entran las familias para cumplir los objetivos de la reproducción, siendo en este caso un arreglo de necesidad (García/Muñoz/Oliveira, 1989; Salles, 1991). Se calcula que para el año 1990 al menos 33 millones de niños formaban parte de la fuerza de trabajo de la región; entre siete y ocho millones de éstos trabajaban en las calles, siete millones vivían en las calles, y 500.000 se encontraban residiendo en instituciones de reclusión (PNUD, 1990: 202).

²La encuesta recogió información sobre los menores trabajadores en las calles, los menores que viven en las calles y los menores reclusos en instituciones. La información relativa a las dos primeras categorías se levantó en la ciudad de Santo Domingo, a partir de un muestreo por cuotas según sexo edad y categoría de menor. La selección de los casos de la submuestra de menores institucionalizados se realizó aleatoriamente a partir de los listados obtenidos en las instituciones (Duarte y UNICEF, 1981).

³Las elevadas tasas de dependencia se vinculan principalmente con la sobre representación de los menores de cuatro años en las familias pobres, relacionada a su vez con los patrones de fecundidad que las caracterizan (CEPAL y UNICEF, 1981: 63)

En el contexto rural el trabajo infantil tiene lugar habitualmente en el marco de una continuidad entre el espacio residencial y el espacio laboral. Los menores se incorporan a la producción, ya sea para la subsistencia familiar o para la comercialización, bajo la tutela familiar como parte de la organización doméstica de la producción.

El entorno de las ciudades entraña con mayor frecuencia, por el contrario, una escisión entre espacio laboral y espacio residencial, lo que supone distintas consecuencias para los integrantes de la familia de acuerdo a su posición intergeneracional. Por un lado, la segregación espacial de la pobreza expulsa (en un movimiento centrífugo) a los sectores de bajos ingresos hacia la periferia de las ciudades, hacia los terrenos de escaso valor y pobre infraestructura de servicios. Por otro, la inserción laboral de los pobres, estrechamente vinculada a la llamada economía informal («economía subterránea»), los impulsa en un movimiento inverso hacia los lugares céntricos de estas ciudades. De este modo, los pobres urbanos se encuentran en la situación cotidiana de tener que salvar la segregación espacial para asegurar la subsistencia. Es en este punto donde surgen los menores deambulantes.

Ya sea como parte de una estrategia familiar o individual, los menores buscan en las calles el ingreso monetario que necesitan. La pobreza infantil urbana está estrechamente vinculada a la deambulación y, a través de ésta, a la informalidad. El menor se desplaza por los intersticios de la ciudad siguiendo la intensidad de sus movimientos; para él los días de mayor ingreso son los días de mayor afluencia de personas. Esta forma de generación de ingresos supone una continua movilidad espacial, que de por sí coloca al menor en una situación de riesgo relativo.

Los estudios sobre la pobreza infantil en la última década han construido una tipología de menores en situaciones de desventaja social, llamados «menores en circunstancias especialmente difíciles»⁴, entre éstos se encuentran los menores deambulantes. Resulta interesante hacer notar que si bien la deambulación es una práctica común a los menores en situación de pobreza, ella puede servir a dos estrategias de generación de ingresos totalmente diferenciadas. Encontramos así menores que deambulan integrados a actividades laborales de carácter informal, como lustrar zapatos, vender periódicos, dulces o caramelos (menores en la calle); y menores que

⁴Específicamente los siguientes grupos son considerados como menores en circunstancias especialmente difíciles (MCED): menores trabajando en el sector formal o informal de la economía; menores que generan sus ingresos mediante la realización de actividades marginales (drogas, robo, prostitución, mendicidad); los que viven en las calles y han roto los vínculos con sus familias; los menores maltratados física o psicológicamente; los que son víctimas de conflictos armados y desastres naturales; y los que pertenecen a grupos raciales, étnicos o lingüísticos objeto de variadas formas de discriminación. (PNUD, 1990: 202).

deambulan desempeñando principalmente actividades marginales, tales como robo, mendicidad, o prostitución (menores de la calle). En estos últimos el vínculo con la familia es muy débil o inexistente, por lo que muchos de ellos viven realmente en las calles.

A pesar de que ambos tipos de menores forman parte del universo cotidiano de las ciudades latinoamericanas, ellos se relacionan con dos perfiles distintos de la pobreza urbana. A continuación esbozaremos cada uno de ellos basándonos en la información de la encuesta mencionada.

Menores en la calle

Las actividades laborales que desempeñan los menores trabajadores en las calles (lustrar zapatos, vender periódicos, acarrear agua, etc.) forman parte de las estrategias familiares de sobrevivencia. Resultó evidente en el estudio realizado que estos menores fueron enviados a trabajar por sus padres como un mecanismo para elevar el ingreso familiar. Dos aspectos apoyan esta afirmación: el destino del ingreso, y la forma de iniciación a la actividad. El 92% de los menores trabajadores dijo entregar el dinero obtenido a algún familiar; más del 80% salió a deambular por primera vez acompañado de algún adulto. El mismo carácter familiar de la actividad explica por qué empiezan a deambular a una edad promedio relativamente temprana, alrededor de los 9 años, pues se trata de una acción propiciada y dirigida por la familia, en la que el menor se siente relativamente seguro.

Los menores realizan estas actividades preferentemente en horas diurnas y en lugares relativamente seguros (parques, centros comerciales), retornando a sus casas todos los días. Por ello, las hostilidades de que son objetos en el entorno callejero pocas veces trascienden el maltrato verbal⁵. La asistencia a la escuela (61%) y la colaboración con el trabajo doméstico (91%) completan la jornada de trabajo que realizan cotidianamente. Más de las dos terceras partes de ellos (86.3%) trabajaba casi todos los días de la semana durante más de siete horas. La tercera parte de ellos obtuvo el día anterior a la encuesta un ingreso equivalente al salario mínimo por día de un trabajador dominicano no calificado (alrededor de RD\$ 20 pesos), lo que convierte al trabajo infantil en un apoyo considerable a la sobrevivencia familiar.

Al parecer la relación entre familia y trabajo infantil tiene lugar fundamentalmente a través de la madre (Duarte). Los menores entregan cotidianamente el ingreso generado a ellas, quienes lo emplean principalmente en gastos de alimentación (68%).

⁵No obstante, una quinta parte de ellos había sido encarcelado al menos una vez.

Ellos están concientes de que su actividad forma parte del sustento familiar, y la conciben en tal sentido como un deber hacia sus familias⁶.

Menores de la calle

Los menores deambulantes en estrategias marginales (mendicidad, robo, prostitución) realizan estas actividades como opciones individuales de vida. La mayoría de ellos no vive con sus familias, el 93,9% de los menores encuestados vivía solo o con otro menor. Han salido del entorno familiar por decisión propia, a una edad promedio superior (los 11 años). Habitan en las calles, en los parques o en los arrecifes de la costa; y sólo ocasionalmente toman contacto con sus familias de orientación. El 85,7% no asiste a la escuela, el abandono de la escuela coincide en general con el momento de ruptura de la convivencia familiar.

Dado que se trata de una estrategia individual, buscan con frecuencia (52,6%) el apoyo de otros menores para realizarla. Alrededor de la mitad salió a deambular por primera vez con otro menor. Muchos viven en grupos y deambulan juntos conformando pequeñas pandillas. Hay entre ellos violencia y enfrentamientos por el dominio de ciertos territorios de la ciudad. Inhalan sustancias alucinógenas de fácil adquisición, como la cola, por ejemplo. Estas estrategias, de las cuales la más importante es la mendicidad (45%), los enfrentan a situaciones de riesgo mayor. De por sí es mucho más frecuente entre ellos la deambulación nocturna, como también la asistencia a centros de diversión que incluyen juegos de azar. Estos aspectos explican el que con mayor frecuencia sean objeto de hostigamiento por parte de las autoridades policiales: nueve de cada diez menores había sido arrestado alguna vez. La policía hace redadas, los apresa, les quita el dinero y los objetos que poseen.

El ingreso generado se destina principalmente a la sobrevivencia personal (61%), y suele ser en promedio superior al de los menores trabajadores en las calles. Una parte de este ingreso es consumido en recreaciones que incluyen juegos de azar. La calle constituye el hábitat normal de estos menores. En la ruptura con la familia parecen haber incidido tanto aspectos relacionados con la pobreza como con la dinámica familiar: una tercera parte dijo que se fue de la casa por decisión propia o que fue expulsado de ella. En el caso de una hipotética elección libre, la mayoría rechazó fuertemente la idea de retornar a la familia.

⁶ La encuesta incluyó preguntas relativas a la percepción de los menores sobre su condición de trabajadores, el por qué debían trabajar y si era bueno que lo hicieran. Cuando se les preguntaba cuáles creían que eran las dos cosas más importantes que un niño debía hacer contestaban invariablemente: trabajar y estudiar.

Si bien en principio pudiera pensarse que estas categorías de menores podrían solaparse, el análisis de la información mostró que se trata en realidad de trayectorias netamente diferenciadas. Los menores que empezaron siendo trabajadores continuaban siéndolo al momento de realizarse la entrevista, a pesar de que una parte de ellos había practicado eventualmente la mendicidad. En los casos en que así fue se trató de una actividad complementaria al trabajo, el que se mantuvo siempre como la actividad principal. A su vez, muy pocos menores de la calle se iniciaron desempeñando una actividad laboral. Entre los que lo hicieron se produjo con el tiempo un incremento de las llamadas estrategias marginales. El análisis de las diferencias entre la primera y la última actividad realizada mostró un incremento de las prácticas «ilícitas», como el robo o la prostitución.

Por lo demás, ambos tipos de menores comparten un mismo contexto de pobreza urbana. Los datos no permitieron encontrar diferencias en los grados de pobreza vividos por ellos, aunque una indagación directa sobre el hogar hubiera podido hacerlo⁷. En general no existían diferencias sustanciales entre las zonas marginales de donde provenían; tampoco entre las actividades desempeñadas por sus padres, pues como era de esperarse - la mayoría se encontraba en el sector informal a juzgar por la información que sobre ellos proporcionaban sus hijos. Sin embargo, más allá de la imposibilidad de profundizar en los niveles de pobreza de los hogares, resulta claro que la ruptura con el entorno familiar marcaba un curso de vida muy distinto para los menores en situación de pobreza. Asumiendo un mismo contexto de precariedad económica, la relación entre familia y pobreza se reveló de singular importancia en sus trayectorias vitales.⁸

Pobreza infantil y ciclo familiar

En términos generales las familias de ambos tipos de menores comparten el perfil de los grupos marginales urbanos de la República Dominicana: predominio de uniones consensuales, mayor inestabilidad relativa de éstas, tamaño del hogar superior al promedio nacional⁹. Diversos aspectos sugieren sin embargo que, a pesar

⁷Resultaría muy significativo, por ejemplo, si a cada tipo de menor correspondiera un nivel de pobreza (pobreza e indigencia).

⁸Al hablar de ciclo familiar nos suscribimos a una visión dinámica del mismo. Se asume esta perspectiva como una forma de aproximarnos a las transformaciones de la familia conforme avanza la edad de sus integrantes, reconociendo que ésta puede seguir múltiples trayectorias. Se recogen en este sentido algunas de las críticas formuladas por Elder (1978: 56)

⁹De acuerdo a la Encuesta Nacional de Fecundidad de 1980, el 40,8% de las mujeres en unión consensual se había casado al menos dos veces, proporción que era sólo del 11,3% entre las mujeres casadas legalmente. Los obreros agrícolas y no agrícolas, la pequeña burguesía urbana y los marginales, muestran un patrón similar de mayor inestabilidad relativa de las uniones (Duarte et al., 1991: 42). En la revisión de los estudios micro que realizan Buvinic y Youssef encuentran un promedio de

de sus similitudes generales, las familias de procedencia de los menores estudiados se encuentran en momentos distintos del ciclo vital: el tipo de familia nuclear, la edad aproximada de los progenitores, la proporción de viudos, el número de disoluciones, y el tamaño relativo del hogar. En realidad las familias nucleares a que pertenecen los menores de la calle son familias incompletas o reconstruidas (74,6%); es decir, familias que cuentan con la presencia de uno sólo de los padres, probablemente la madre; familias integradas por padrastros o madrastras¹⁰. Por el contrario, las familias de los menores trabajadores en la calle son principalmente familias nucleares típicas (53%); es decir, familias conformadas por los hijos y sus progenitores. La proporción de familias nucleares típicas entre los menores de la calle es apenas del 25.4% (cuadro 1).

Cuadro 1
Tipo de familia y tamaño promedio del hogar según tipo de menor

Tipo de familia	Total	Menores trabajadores	Menores de la calle
Nuclear	56,0	56,1	53,4
a) Típica	44,4	53,0	25,4
b) Reconstruida/Incomp.	55,6	47,0	74,6
- Compleja	42,6	42,4	44,9
Sólo hermanos	1,4	1,5	1,7
Total	100,0 (571)*	100,0 (330)	100,0 (118)
Proporciones de uniones disueltas	64,1	54,3	78,6
Tamaño promedio del hogar	6,5	6,3	6,8

*Incluye 123 menores institucionalizados, que formaron parte de la muestra pero que no se analizan aquí.

A pesar de que la edad de los padres puede ser un indicador de escasa confiabilidad debido a que los hijos son los informantes, resulta sintomático que los padres de los menores de la calle sean mayores en promedio que los padres de los menores en la calle. Al relacionar este aspecto con la mayor proporción de viudos entre

tres uniones por mujer antes de finalizar la vida reproductiva (1976: 26). Por otra parte, la investigación que realiza Juárez (1991) sobre la trayectoria de vida de los menores de la calle y sus madres, el promedio es de dos a tres uniones por mujer.

¹⁰Lamentablemente la forma de tabulación de la información no distingue las proporciones correspondientes a una y otra.

ellos, aparecen claros indicios de que ambas familias se encuentran en momentos distintos de la trayectoria vital. Del mismo modo, la mayor proporción de uniones originales disueltas¹¹ entre los padres de los menores de la calle (78,6% contra 54,3%) podría ser tanto un indicador de inestabilidad relativa como de mayor tiempo de exposición al riesgo de disolución. Es decir, de mayor antigüedad (cuadro 2).

Cuadro 2
Distribución por edad de los padres de los menores

Edad	Total	Menores de la calle	Menores en la calle
Madres			
Menos de 25	1,0	1,1	0,9
25 a 34	31,2	18,2	33,9
35 a 44	48,7	50,0	50,9
45 a 54	16,8	25,0	13,0
55 y más	2,3	5,7	1,3
Total	100,0 (398)*	100,0 (88)	100,0 (230)
Padres			
Menos de 30	1,8	0,0	1,9
30 a 39	28,0	25,8	28,0
40 a 49	43,6	37,1	43,6
50 a 59	18,7	24,2	19,4
60 y más	7,9	12,9	7,1
Total	100,0 (342)**	100,0 (62)	100,0 (211)

*Incluye 80 casos de menores institucionalizados.
**Incluye 69 casos de menores institucionalizados.

Por otro lado, el menor tamaño relativo del hogar de los menores de la calle puede ser simultáneamente el producto de una contracción del tamaño por la creciente probabilidad de jefatura femenina con la edad, como del abandono de algunos miembros del hogar para formar nuevas familias de procreación.

¹¹La unión «original» es aquella en la que el menor fue procreado. La disolución se refiere tanto a la separación, como al divorcio y la viudez.

Presumiblemente muchas de las familias incompletas de los menores de la calle están constituidas por mujeres jefas de hogar. Si bien la mortalidad diferencial por sexo explica parcialmente el incremento de la jefatura de hogar femenina con la edad, en contextos de pobreza tal probabilidad tiende a ser mayor (Buvinic/Youssef García/Muñoz/Oliveira, 1982 y 1988; Rosenhouse, 1988; Acosta, 1991). La mayor desventaja relativa de los hogares pobres dirigidos por mujeres supone consecuencias diferenciales para los miembros del hogar en las estrategias que despliegan para enfrentar la pobreza. Se ha señalado que el recasamiento suele formar parte de estas estrategias, principalmente cuando las mujeres jefas se encuentran en una etapa temprana del ciclo (Buvinic/Youssef; Bethencourt)¹². El trabajo infantil es naturalmente otra de estas estrategias. En el uso de los recursos humanos disponibles intervienen consideraciones culturales que asignan un valor diferencial a los integrantes de la familia de acuerdo a su posición intergénero e intergeneracional. En el caso de los menores deambulantes parece claro que el significado de este trabajo tiene un sentido distinto en cada caso.

Si bien en las familias de los menores trabajadores en la calle el trabajo infantil es claramente una estrategia familiar de elevación de ingresos, en las familias de los menores de la calle no existe tal carácter familiar, dado que el menor ha sido «expulsado» del hogar-territorio y sobrevive marginalmente. Resulta interesante detenernos en algunas implicaciones de estas dos formas de sobrevivencia. La diferencia más notable entre ellas es la distancia a que se colocan de la frontera del delito. El carácter familiar de las estrategias de los menores en la calle los inscribe en actividades de generación de ingresos relativamente seguras, como ya vimos; por el contrario, la mayor urgencia relativa de ingresos de los menores de la calle, y la socialización al margen de las instancias tradicionales (la escuela, la familia), los mueven a recurrir a estrategias marginales de mayor productividad (mendicidad, robo, prostitución), que los convierten tácitamente en delincuentes sociales.

Existen a su vez otras implicaciones en la relación entre los distintos espacios en que se mueve el menor. En los menores en la calle la deambulación se produce efectuando una escisión entre el espacio residencial y el espacio laboral, de acuerdo a la asignación diferencial de los recursos humanos realizada en el seno del hogar. Esta escisión, por la que el menor abandona el hogar y retorna a él cotidianamente, se relaciona con las condiciones del mercado de trabajo, con el contexto de la infor-

¹²En esta estrategia confluirían varios factores: a) las uniones consensuales suelen ser menos estables que las legales; b) la condición de ilegitimidad de los hijos de estas uniones coloca a la mujer en situación de desventaja relativa frente a las uniones legales; c) la contribución de los padres al hogar luego de la separación, de por sí escasa o inexistente, tiende a disminuir en la medida en que aumenta el número de uniones de la madre; d) existen mediaciones culturales que promueven tanto la permanencia de la prole con la madre luego de la separación como el recasamiento.

malidad, y con las características de la economía de mercado en sentido general. En el caso de los menores de la calle la deambulación implica que el espacio laboral (la calle) ha devenido el espacio residencial, debido a la extraterritorialidad del menor del ámbito doméstico. Se ha producido una ruptura de la identificación entre ámbito residencial y ámbito familiar, dejando al menor a merced de otras relaciones.

Todos estos aspectos apuntan hacia la existencia de una variable relación entre pobreza infantil y familia que resulta interesante discutir. Dado que una de las diferencias sustantivas entre las familias de estos menores es el momento del ciclo vital en que se encuentran, surge la pregunta de cómo las distintas trayectorias del mismo pueden incidir sobre el bienestar de los menores en contextos de pobreza. Es evidente que uno de sus posibles resultados negativos es la expulsión del menor del hogar-territorio.

La permanencia del menor en el hogar tiene lugar fundamentalmente en virtud del vínculo madre-hijo. Este es el que hace posible la residencia conjunta de ambos. La co-residencia madre-hijo ha sido definida como un atributo inherente a la condición de los menores deambulantes (Juárez). Es a través de la díada madre-hijo que se define la relación niño-familia (Juárez: 32). La extraterritorialidad del menor del hogar supone la ruptura de esta co-residencia, a la vez que un distanciamiento - cuando no la escisión - del vínculo hijo-madre. La residencia conjunta hijo-madre se explica en parte por la constancia de la relación mujer-madre a lo largo del ciclo, probablemente la de mayor perdurabilidad a través del mismo. Si bien la preeminencia del vínculo madre-prole es un valor cultural universalmente compartido, la mayor presencia de hogares con jefatura femenina en los sectores pobres - principalmente indigentes (PNUD, 1988, 1990 y 1992; González de la Rocha); otorga a tal relación un contenido particular, pues de ella depende preponderantemente la sobrevivencia de los miembros del hogar . Y se a que contraigan o no nuevas uniones o que cuenten con el apoyo proporcionado por la convivencia en familias extensas. Las mujeres de estos sectores se encuentran con frecuencia en la situación ineludible de responder económicamente por los hijos de la o las uniones previas (Buvinic).

Surge la pregunta de por qué en determinados momentos se produce una escisión de esta relación, una ruptura del vínculo que coloca al menor en situación de extrema vulnerabilidad. ¿Por qué resulta el menor expulsado en ocasión es del espacio residencial familiar, a despecho de su valor como potencial contribuyente a la economía familiar y de los lazos de parentesco que comparte?

Cuadro 3
Situación conyugal de los padres según tipo de menor

Situación conyugal	Total	Menores trabajadores	Menores de la calle
Casado/unido	33,8	44,8	16,3
Separado/divorciado	46,9	42,5	50,4
Viudo (a)	17,2	11,5	28,2
Otro	2,1	1,2	5,1
Total	100,0 (565)*	100,0 (322)	100,0 (117)

*Incluye 126 casos correspondientes a menores reclusos en instituciones.

Obviamente la respuesta a interrogantes tan complejas trasciende las posibilidades de este artículo, sin embargo, algunos aspectos pueden ser discutidos. Cierta evidencia sugiere que existe algún tipo de selectividad en la probabilidad de que un menor sea «expulsado» del hogar-territorio en contextos de pobreza. El estudio realizado por Juárez en Brasil (p. 137) mostró que esta probabilidad crecía en los casos de niños varones, provenientes de familias migrantes, de cohortes de nacimientos reciente, y de orden de nacimiento mayor. El 76,9% de estos menores nacieron cuando sus madres se encontraban en un segundo o tercer estadio de la trayectoria familiar¹³. Algunos elementos del estudio realizado en República Dominicana irían también en favor de una relativa selectividad. Así, por ejemplo, la mayoría de los menores entrevistados (tanto de la calle como en la calle) se encontraba entre la quinta y la séptima posición en el orden de nacimientos, lo que sugiere que se trata también de cohortes recientes. La mayor edad promedio en que se iniciaron los menores de la calle y la preeminencia de niños varones entre los menores deambulantes en general¹⁴, son aspectos que coinciden de nuevo con la evidencia encontrada por Juárez. En cuanto al momento de la trayectoria familiar en que nacieron, ya vimos que sólo el 25,4% de estos menores provenía de la familia en que fue procreado en el momento de la entrevista. Es decir, en la mayoría de los casos las uniones

¹³Dentro de la perspectiva analítica de trayectorias de vida o «cursos de vida», las transiciones son observaciones discretas y los estadios son observaciones continuas entre dos transiciones. En el caso del autor citado se consideraron como transiciones básicas los casamientos y las rupturas de uniones, el nacimiento de los hijos, y el ejercicio de la jefatura de hogar ligada a la situación residencial de los menores (Juárez, 1991: 30)

¹⁴Debido a la sobrerrepresentación de niños varones en el universo de los menores deambulantes, la encuesta realizada en Santo Domingo procuró deliberadamente una distribución no equitativa de los sexos en las cuotas de muestreo. 80% y 20%, respectivamente.

originales se habían disuelto, lo que indica que las familias se encontraban en un estadio familiar distinto del primero.

Desde una perspectiva dinámica, una familia puede atravesar por distintos modelos familiares a lo largo del ciclo vital. De acuerdo a nuestra hipótesis, la explicación a la extraterritorialidad del menor del hogar debe buscarse en la relación variable entre pobreza y familia que supone cada una de las transformaciones experimentadas por ésta. De manera tipológica esta relación comprendería en principio dos situaciones extremas: una primera, correspondiente a un momento temprano del mismo, donde las familias conyugales tenderían a ser predominantes y existiría mayor probabilidad de que el menor se encontrara dentro de aquélla en que fue procreado. En este momento expansivo, la organización familiar del trabajo tendería a maximizar el uso de los recursos disponibles con un fin colectivo. Dentro de este modelo sería más probable el trabajo infantil en su expresión familiar. La segunda situación extrema se ubicaría en momentos sucesivos del ciclo, en los que crecerán las probabilidades de familias monoparentales (básicamente de jefatura femenina), y reconstituidas. Estos cambios en los modelos familiares implicarían, entre otras cosas, un desplazamiento gradual del núcleo conyugal a la relación mujer-madre en las estrategias de enfrentamiento de la pobreza. Las desventajas relativas de la mujer en el mercado de trabajo, y la creciente responsabilidad económica que suponen los hijos de nuevas uniones, aumentarían los riesgos de ruptura en la residencia con junta con algunos de ellos, principalmente los varones de cohortes recientes. Con la ruptura, la sobrevivencia del menor dejaría de lograrse a través del vínculo mujer-madre (hijo-madre), obteniéndose en su lugar mediante la relación menor-menores. Aquí es donde surgiría el trabajo infantil en su expresión individual.

Tendríamos así que un conjunto de factores contextuales, familiares e individuales, convergerían en la probabilidad de extraterritorialidad del menor del seno del hogar. Los primeros provendrían de la situación general de carencia de recursos que define la pobreza; los segundos, de la tendencia a la formación de familias reconstituidas o incompletas y la creciente preeminencia de la relación mujer-madre sobre otras relaciones; los terceros, de las características sociodemográficas de algunos miembros del hogar, particularmente el sexo y la antigüedad de la cohorte.

Consideraciones finales

La información aquí discutida llama la atención sobre diversos aspectos vinculados a la reproducción de la pobreza. Todos apuntan hacia la necesidad de profundizar

en la comprensión de la heterogeneidad de los pobres. Entre estos aspectos sobresale la interrelación entre familias y pobreza en un sentido dinámico. El análisis muestra cómo el entrecruzamiento de las distintas facetas de estas realidades puede tener efectos diferenciales sobre los miembros del hogar. Si bien no existe un sólo modelo familiar, tampoco existe un único perfil de pobreza.

Como han señalado otros investigadores (PNUD, 1992: 390), la comprensión de la incidencia de la pobreza pasa por la necesidad de profundizar el análisis de la asociación entre éstas y ciclo de vida del hogar, distinguiendo la variedad de factores que median en cada una de sus etapas. La afirmación de que la vulnerabilidad de la mujer en situación de pobreza se relaciona con determinados momentos del ciclo familiar (Woolf), vale también para los menores como población vulnerable. Quizás el desplazamiento del eje del análisis desde la condición de jefa o jefe al vínculo relacional mujer-madre a lo largo del ciclo, pueda constituir un terreno más fértil de análisis para la comprensión de los múltiples factores interactuantes en la perpetuación de la pobreza.

La evidencia muestra a su vez cómo el análisis de los efectos diferenciales de la pobreza sobre los miembros del hogar no puede excluir la perspectiva de género. Si bien resulta ya un lugar común hablar de la asociación entre pobreza (más bien indigencia) y jefatura femenina, no lo es así particularizar sobre los efectos cruzados del género y la posición intergeneracional de los miembros. En otras palabras, quedó claro en el análisis que, la definición social de género, al prescribir la reclusión de las mujeres al ámbito doméstico, colocaba a los menores varones en ciertas familias en situación de especial vulnerabilidad. Este es uno más de los efectos paradójicos de la desigualdad.

Por último, consideramos que la comprensión de un fenómeno tan aparentemente elusivo como la ruptura entre un menor y su entorno familiar en contextos de pobreza, no debe ser abordada desde una perspectiva distinta a la óptica histórico-sociológica. Debemos evitar la tentación de reducir el análisis a sus aspectos éticos o psicológicos. Al fin y al cabo, por llamativo que pueda parecernos, éste es también un fenómeno de relativa constancia histórica. La existencia de hospitales («*foundling hospitals*») para el depósito de los nacidos que excedían el número deseado en la Inglaterra del siglo XIX (Woolf); o el recurso habitual de colocar algunos menores en otras familias ofreciendo trabajo a cambio de sobrevivencia (Anderson, 1980), serían formas análogas de esta escisión. La pregunta es cuál es el sentido de la misma. Aun cuando la calle es probable mente un medio más inhóspito, y sus estrategias conviertan de entrada al menor en un «desviado social», es probable

que el resultado sea el mismo: permitir mejores condiciones de sobrevivencia para el núcleo familiar que permanece indiviso.

Bibliografía

- ACOSTA DIAZ, FÉLIX (1992): «Hogares más pobres con jefaturas femeninas» en Demos N° 5 pp. 30-31.
- ANDERSON, MICHAEL (1980): *Approaches to the history of the Western Family, 1500-1914*, Macmillan Publishers LTD, Hong Kong.
- (1980): «La familia, el hogar y la revolución industrial» en M. Anderson: *Sociología de la familia*, FCE, México.
- BETHENCOURT, LUISA (1992): «Lo cotidiano de la sobrevivencia: organización doméstica y rol de la mujer» en Cecilia Cariola (coord.): *Sobrevivir en la pobreza: el fin de una ilusión*. CENDES/Editorial Nueva Sociedad, Caracas, pp. 81-102.
- BUVINIC, MAYRA y NADLS YOUSSEF (1978): *Women Headed Households: The Ignored Factor in Development Planning*, Intemational Center for Research on Women Washington.
- CEPAL y UNICEF (1981): *Pobreza Crítica en la niñez. América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile.
- CEPAL, Naciones Unidas (1985): *La pobreza en América Latina: dimensiones y políticas*, Estudios e Informes de la CEPAL N° 54. Santiago de Chile.
- CEPAL, Naciones Unidas (1991): *Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta*, Estudios e Informes de la CEPAL, N° 81, Santiago de Chile.
- CHANT, SYLVIA (1988): «Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México» en *Mujeres y Sociedad* Salario, hogar y acción social en el occidente de México, El Colegio de Jalisco y CIESAS, Guadalajara, pp. 181-203.
- CORNIA, A.; R. JOLLY R. STEWART (1987): *Ajuste con rostro humano, protección de los grupos vulnerables y promoción del crecimiento*, Siglo XXI editores, Madrid.
- DUARTE, ISIS, Carmen Julia Gómez y Marina Ariza (1991): *Menores en circunstancias especialmente difíciles en la República Dominicana*, Instituto de Estudios de Población y Desarrollo y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, Santo Domingo.
- (1992): *Perfiles de los menores en circunstancias especialmente difíciles en la República Dominicana*, Instituto de Estudios de Población y Desarrollo y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. Santo Domingo.
- DUARTE, ISIS; CLARA BAEZ, CARMEN JULIA GOMEZ, y MARINA ARIZA (1989): *Población y condición de la Mujer*, Instituto de Estudios de Población y Desarrollo, PROFAMILIA. Santo Domingo.
- DUARTE, Isis (1979): «La fuerza de trabajo infantil en Santo Domingo» en *Estudios Sociales*, año XII, N° 56, abril-junio. Santo Domingo.
- ELDER, GLEN H. JR. (1978): «Family History and the Life Course» en Hareven, Tamara (ed.): *Transitions. The Family and the Life Course in Historical Perspective*, Academic Press. Inc, Nueva York, 1978.

- GARCIA, BRIGIDA, HUMBERTO MUÑOZ y ORLANDINA DE OLIVEIRA (1979): Hogares y Trabajadores en la Ciudad de México, El Colegio de México, México.
- GARCIA, BRIGIDA; HUMBERTO MUÑOZ y ORLANDINA DE OLIVEIRA: «Familia y Trabajo en México y Brasil» en Orlandina de Oliveira y Marielle Pepin Lehalleur (1988): Grupos Domésticos y Reproducción Cotidiana, UNAM, El Colegio de México y Porrúa Editores, México, pp. 163-188.
- GONZALEZ DE LA ROCHA, MERCEDES (1988): «De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara» en Mujeres y Sociedad Salario, hogar y acción social en el occidente de México, El Colegio de Jalisco y CESAS, Guadalajara, pp. 205-227.
- JUAREZ EDUARDO (1991): «Crianças de rua e famílias no Recife, (um estudo de trajetórias de vida), tesis de Doctorado en Demografía, Centro de Desenvolvimento e Planejamento Regional, Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil.
- MORRISEY, MARIETTA (1987): «Female Headed Families: Poor Women and Choice» en Naomi Gestel y Harriet Engel Gross (eds.): Families and Work, Temple University Press, Philadelphia.
- PNUD, Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza (1990): Desarrollo sin pobreza. II Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe, Quito, 20-23 de noviembre.
- (1992): «Magnitud y evolución de la pobreza en América Latina» en Comercio Exterior, vol. 42, N° 4.
- ROSENHOUSE, SANDRA (1988): «Identifying the Poor: Is Headship a Useful Concep», Paper prepared for the Joint Population Council / International Center for Research on Women, Seminar Series on the Determinants and Consequences of Female Households.
- SALLES, VANIA (1991): «Cuando hablamos de familia, ¿de qué familia estamos hablando?» en Nueva Antropología, Vol. XI, N° 39, México, pp. 53-87.
- (1991): «Pobreza, pobreza y más pobreza», ponencia presentada en el Primer encuentro latinoamericano sobre educación, marginación urbana y modernización, Universidad Pedagógica Nacional, 26-28 de noviembre de 1991, México.
- (1992): «Las familias, las culturas, las identidades» en José Valenzuela (comp.): Decadencia y auge de las identidades. El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
- SALLES, VANIA y CAROLINA MARTINEZ (1992): «Géneros en convivencia en contextos de no sustentabilidad ecológica: impactos sobre la salud», capítulo del informe: Erase una vez un gran lago, CES/UNRISD, México.
- WOOLF, STUART (1986): The Poor in Western Europe in the Eighteenth and Nineteenth Centuries, Methuen, Londres y Nueva York.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 129, Enero- Febrero de 1994, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.